

## EN LOS ATARDECERES DE LA CARNE...

**Elena PALLARÉS**

*A José Enrique Martínez*

*Écrire commence avec le regard d'Orphée  
Maurice Blanchot*

### I

En los atardeceres de la carne  
mi escritura oscurece un objeto de amor.  
Los labios de la tierra sangran besos  
cuando ocultas en páginas de hierba  
se desvelan palabras como muerte.

Sobrenadan las aguas de un arroyo  
cadáveres de letras cuyas combinaciones  
dibujan las mil móviles figuras  
de su nombre mordido en flor de nadie.

La fronda del dolor hace a la noche.  
La noche, extraña madre, de sus pechos  
de bruma amamantaba al hijo  
de negra leche.

### II

Por desmontar un porvenir  
construido de días sin mañana  
yo le rasgué el telón al teatro del tiempo  
con el cuchillo húmedo del ojo

en el que aún se refleja  
aquel que al alma tanto duele  
y hambrienta de tu noche recorría  
sus largos corredores  
—¡peregrina me dicen del amor!—  
y de abismo en abismo,  
de pisada en pisada,  
de huella en huella,  
yo, la rastreadora de los pasos perdidos,  
descendí a los infiernos.

### III

Esas voces que llaman a las tantas  
a las puertas del bosque de las sombras  
penas de ausencia son, penas de ausencia:

¡Ah de la noche!

Y es mi lengua esa llama con que llama el amor.  
Arde la noche infecta, contagiada en mi incendio  
—ella, la obscena noche de las almas,  
sus pétalos inexplorados  
me abría sin pudor—.

Yo, la cronista,  
como ofrenda a los dioses  
traigo mis manos, dije,  
llenas de ramas de caducidad.

Déjame silenciar cómo era tu presencia,  
amordazar los días que habitamos el cielo,  
callar todos tus nombres  
y, aunque por una vez no exageró el poeta,  
decirte solamente la palabra  
que daba por perdida el ángel negro:  
amor.

IV

Desde el pétreo párpado  
de la estatua de aquel ángel caído  
huía una encendida lágrima.

A ti, parda sombra de sombras,  
te ocultaba la nada, el caos,  
tras el bullicio intraducible  
del oscuro teatro de los ayes  
hasta que mi mirada te devuelve  
a la palabra y a los días  
y el de color de nieve otra vez fuiste  
—durante unos instantes  
un chorro de blancura iluminó el infierno—.

Siempre de huella en huella,  
de pisada en pisada  
ascendía el abismo  
un corazón tras otro corazón  
de regreso en regreso.

V

La palabra es un pájaro  
que rompiendo las rejas  
—una gota de sangre sobre el herido pico—  
escapa de la jaula del silencio  
hacia la libertad.

Desde lo alto del árbol del lenguaje  
al poeta le ofrece desvelarle la cifra  
de los juegos de letras  
a cambio de su alma.

Yo pacté con el pájaro tu nombre  
y al transgredir la ley para llamarte

vi en tu noche la noche del infierno,  
vi agarrada tu mano a una mano de sombra  
y vi mi propia sed del mal  
—mi adicción a volverte material de poema—  
desgarrando la cara oculta de tus muslos  
—ah, noche oscura de la carne—  
al grabar en tu piel caligrafías  
que tras formar tu nombre  
a cada filigrana lo transforman.

## VI

Descuartizan mis ojos en letras a tu nombre  
al tatuarte en el vientre signos desconocidos,  
garabatos de amor y muerte, garabatos.

Tu mirada es la cifra que me vela,  
la que sella mi boca  
con lacre rojo,  
la que cierra mi pecho a cal y canto,  
se quejó el corazón colgado por los pies  
de una rama del árbol del deseo  
como un fruto mordido  
por los dientes del ojo.

Hay ojos traicioneros,  
ojos que sacrifican los días por venir  
en aras de un instante de escritura.  
Hay miradas culpables,  
ojos que matan.

## VII

Invisible te vi, te oí sin voz  
y te toqué sin cuerpo  
en tu ausencia de sombra

—ese saber estar en tu no estar—,  
y al besar en tus labios el vacío  
supe al fin a que la muerte sabía a transparencia.  
Y nuestros corazones  
latieron otra vez a contratiempo.

Y yo volví a ser la vagabunda,  
esa figura errante  
que de abismo en abismo,  
de infierno a infierno,  
detrás de ti como alma en pena vaga.

Y tú de nuevo fuiste la silueta  
de un paseante  
hacia desconocidas lejanías  
en donde crece el árbol de los nombres perdidos  
—no florece la letra de sus ramas estériles  
ni la rosa ni el pájaro—.

### VIII

El ala de la muerte  
—invisible pañuelo del adiós—  
pasó sobrevolando la palabra  
nosotros que deshecha en letras  
cayó sobre el paisaje como copos de olvido.

Al llegar el ocaso de las identidades,  
gastada día a día la sustancia  
que nos hacía ser nosotros,  
decías —y tu voz era un mero accidente  
en las gargantas de la historia—,  
cuando el viento se lleva al más allá  
del corazón  
nuestros nombres caídos del árbol del otoño  
como crepusculares pájaros  
y las personas

—las personas del verbo—  
cobijan sus pronombres de la lluvia  
bajo los soportales de unas conjugaciones  
en que no volveremos a estar juntos,  
me pierdes tu mirada.

Después mudo y ritual te fuiste  
hacia la transparencia de una estrella o una letra.

TROPELIÁS